

La “otra” formación. Algo más que etnografía

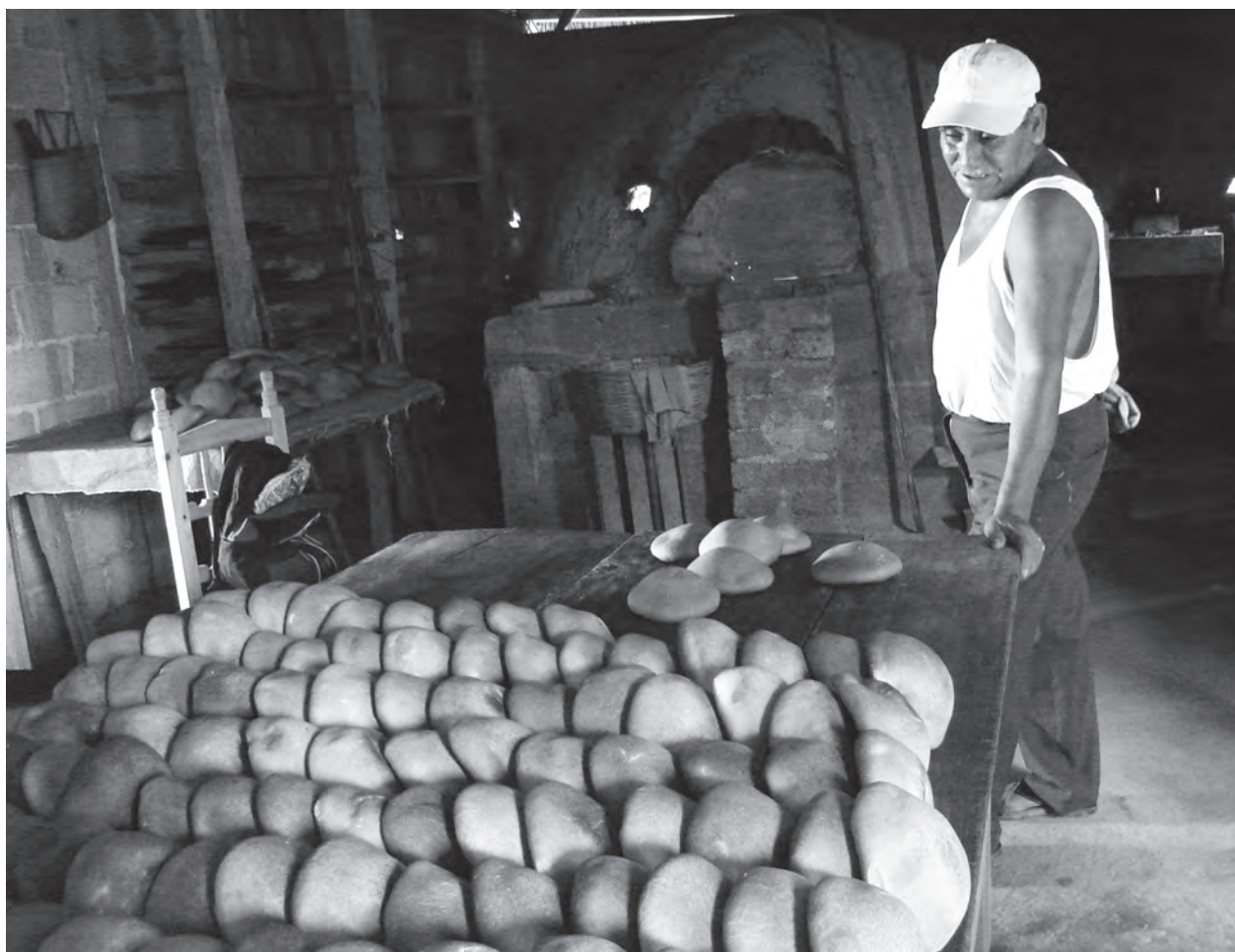
Leopoldo Trejo Barrientos*

Debo mi vida profesional al proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Y aunque no formo parte del exclusivo grupo de fundadores y, por lo tanto, no puedo contarme entre aquellos que llevan 15 años participando en él, lo cierto es que mi formación antropológica ha tenido lugar al abrigo de esta genial iniciativa de Gloria Artís Mercadet. Ingresé como pasante al equipo de Puebla en el año 2000, y en ese mismo año y equipo me convertí en licenciado en etnología bajo la dirección de Elio Masferrer Kan. Tres años después, esta vez en el istmo de Tehuantepec, me hice maestro en antropología social gracias a la confianza, apoyo y guía de Saúl Millán Valenzuela. Durante esos cuatro años investigué sobre estructura social, cambio religioso, territorialidad y etnicidad. Hice trabajo de campo en la Sierra Norte de Puebla con totonacos y nahuas, así como entre los zoques de la región de los Chimalapas, Oaxaca. Aunque no fueron muchos años, la experiencia ganada en ese periodo me dio las herramientas para, en 2004, concursar y ganar una plaza de investigador en la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología. En pocas palabras, el proyecto me hizo etnógrafo.

Al ingresar al museo, tuve que suspender mi participación allá. Aún recuerdo lo difícil que fue acostumbrarme a trabajar sin que me dijeran qué hacer, qué leer, cómo escribir. Me angustiaba el hecho de que mis escritos ya no pasarían por el ojo dictaminador del coordinador regional ni los de la línea de investigación en curso. Estaba solo, y aunque feliz por tener el trabajo que siempre soñé, experimentaba cierto abandono. No era para menos, pues en un abrir y cerrar de ojos pasé del cobijo de casi 100 investigadores unidos por un mismo objetivo académico, al trabajo solitario en los acervos del museo. Y así estuve alrededor de año y medio, casi dos, encerrado en mi cubículo y conociendo las virtudes y los vicios de mi querida institución. Extrañaba el proyecto y su calor.

Por fortuna, alrededor de 2006 Julieta Valle Esquivel puso a consideración del consejo académico del proyecto la posibilidad de cederme el presupuesto correspondiente a tres investigadores para, con ellos, abrir un nuevo equipo regional: el de la Huasteca Sur. De la noche a la mañana estaba de vuelta, con la enorme salvedad de que ya no era un investigador “contratado”, sino un coordinador; es decir, ahora no sólo era responsable de los escritos de los investigadores a mi cargo –me convertí en el ojo dictaminador–, sino también del manejo, planeación y uso de los recursos, aspectos tan importantes como la obligación de asumir una posición académica y política frente a los diversos temas que competen al proyecto. Y es precisamente de esta “otra” formación de la que deseo hablar, no porque la académica y profesional no sea importante –¡vaya que lo es!–, sino porque a la par de ella es crucial aprender a tener y mantener

* Museo Nacional de Antropología, INAH (chiniluwa@yahoo.com).



Panadero zapoteco, Nigromante, Playa Vicente, Veracruz, 2007. En la dieta indígena, los productos locales son gradualmente desplazados por aquéllos de manufactura industrial. **Fotografía** © Abraham Garza Guzmán

una posición y, por ende, a vivir con las consecuencias de las decisiones tomadas. ¿De qué me habría servido conocer el mundo indígena si el proyecto no me hubiera enseñado a decir mi propia voz?

El equipo de la Huasteca Sur era joven. En aquel entonces los cuatro investigadores oscilábamos entre los 28 y 32 años. Inseguros de nuestros conocimientos y experiencia, una primera decisión que debimos tomar fue la de seguir o no a nuestros antiguos coordinadores. Como tres de nosotros habíamos trabajado en otros equipos –Huasteca e Istmo de Tehuantepec–, teníamos a buscar el consejo de nuestros maestros. A fin de cuentas extrañábamos su visto bueno. En principio, esta actitud no resulta mal. Sin embargo, como comenta Nietzsche: “El mejor homenaje que puede hacer un discípulo a su maestro es criticarlo”, ya que la crítica es la única vía de crecimiento intelectual. Fue así como, en su honor, pero también por salud profesional, metodológicamente decidí dirigir nuestro bote hacia puertos diferentes a los de nuestros maestros, asumiendo el riesgo de la distancia académica y personal. Es inge-

no pensar que una postura crítica en lo académico no tendrá consecuencias en el plano cotidiano.

También en el interior del equipo hubo decisiones difíciles. Como todos éramos contemporáneos y compañeros de aula y cantinas, la coordinación del equipo de la Huasteca Sur y el ejercicio de autoridad propio del cargo fueron sumamente complicados. Debo al proyecto el aprendizaje para decidir e imponer mi opinión por encima de las de mis compañeros, no porque supiera más, sino simplemente porque la coordinación me obligó a tener una visión general de la investigación y de los productos esperados. Aunque suene exagerado, sólo cuando asumí el cargo mi imaginación pasó del plano particular al general: coordinar implicó poner en armonía distintos discursos o, en términos lévi-straussianos, moverse en el plano paradigmático. Así, debí lidiar con el disgusto reiterado de mis amigos-colegas, pues muchas veces me vi obligado a pasar por alto sus opiniones y sugerencias sin mayor razón “aparente” que el conocido: “Porque lo digo yo”. Si tuve razón o no, ellos dirán la última palabra.

Una vez más lo académico se filtra en lo personal. El aprendizaje no es, ni tiene por qué serlo, un proceso agradable, y para muestra basta un botón. Una de las experiencias más amargas pero al mismo tiempo más trascendentales en mi “otra” formación en el proyecto se relacionó con la decisión de cesar a uno de mis amigos-colegas. Pedirle la renuncia a sabiendas de que perdía su amistad y que, a ojos extraños, aparecería como el “malo” –por decirlo en términos bonitos–, fue mucho más que doloroso. Sin embargo, así como me vi obligado a mirar paradigmáticamente, sentí también el deber de regirme por un principio institucional; es decir, necesitaba pasar por alto el cariño y la amistad en aras de lo que en ese momento creí, y creo ahora, que es justo en tanto provechoso al equipo en particular y al proyecto en general. Las consecuencias son menos amigos.

Como este ejemplo hay muchos. En más de una década de participación activa lo mismo he ganado experiencia y conocimiento que perdido el cariño de amigos y maestros. Este proyecto me enseñó que si uno pretende caminar por el mundo académico sin perder nada en el plano personal, es preciso renunciar a uno mismo; en otras palabras, para ser amigo de todos es requisito imprescindible jamás dar una opinión sincera y abierta. Negarse a ello, afirmar la propia voz, supone ausencias. Cuando en ocasiones me siento triste y llego incluso a sentir cierto arrepentimiento por algunas de las decisiones tomadas, me consuela la certeza de que mi lealtad primera no puede ser entregada a individuos. El INAH y el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio son grandes ideas por las cuales vale la pena luchar; por lo mismo, es preciso tener una actitud “institucional” o, en otras palabras, posponer los intereses y el brillo personales en aras de una meta mayor. Por definición, las instituciones trascienden a los individuos y debo al proyecto la posibilidad de hacérmelo vivir en carne propia.

A grandes rasgos ésta ha sido mi formación: trayectoria sinuosa pero al final hermosa y gratificante. Zoques, totonacos, tepehuas, Huasteca, Chimalapas, etnografía, estructuralismo, cariños, distanciamientos. En fin, es tanto lo que he recibido, que no me queda otra cosa, como diría Marcel Mauss, que intentar “reciprocár”. Agradezco a cuantos han formado parte de este proyecto, desde los creadores e impulsores hasta el personal administrativo, sin los cuales la empresa de hacer etnografía de los pueblos indígenas de México jamás habría pasado de sueño a realidad. Por ende, yo no estaría aquí.

